



Romance de la vida y maravilloso martirio de la gloriosa virgen y mártir Santa Librada; se da noticia de su dichoso nacimiento, y quién fueron sus padres, y como nacieron nueve hermanas de un parto; con otras raras maravillas que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

En el reyno de Galicia, junto al reyno Lusitano, hay una famosa villa, que es de nuestro Rey D. Carlos

monarca insigne de España, que Dios guarde muchos años, llaman Bayona de Tuy: esta en los siglos pasados.

era ciudad, y Balcacia
por nombre la intitularon.
En este pueblo nació
de padres muy señalados
la Virgen Santa Librada,
para admiracion y pasmo,
espanto, terror y asombro
del católico cristiano.
Fueron sus padres gentiles,
y de real linage entrambos:
su madre se llamó Calcia,
y à su padre le llamaron
Lucio Catelio, que entónces
de Virrey tenia el mando
en Portugal y Galicia
por el imperio romano,
que en aquel tiempo obtenia
aquel soberbio Adriano,
y bajo su serbidumbre
se hallaba este Reyno Hispano,
sujetos à advenedizos,
infieles, crueles, tiranos,
recibiendo mil injurias
de los infames paganos.
Era el dicho Emperador
tan dado à sus dioses falsos,
que ardia en vivos deseos
de perseguir los cristianos.
Dejemos en este punto
aquesta historia, y volvamos
à referir por extenso
de este suceso lo raro.
Calcia se encontraba en cinta,
y acercándose ya el parto,
à los ciento y diez y nueve
años, segun ajustado
cómputo, que nació Cristo,
dió à luz en un mismo parto
nueve infantas muy hermosas,
y al ver el suceso extraño,

quedó absorta, discurriendo
cómo podría ocultarlo,
de modo que no supiese
su esposo lo que ha pasado,
ni tampoco los del reyno,
temerosa imaginando,
seria oprobio de todos,
si se supiese este caso.
Y con aquestos temores
andando así batallando,
al fin se determinó
à un arrojé temerario;
pues al ver lo sucedido,
cautelosa recelando
de lo dicho algun desdoro
en su persona, llamando
à una cristiana en secreto
dentro de su mismo cuarto,
le dijo de esta manera:
à tí, cristiana, te llamo,
para que secretamente
hagas esto que te mando:
lleva esas nueve criaturas
por sitio muy escusado,
arrojalas en el rio,
y vuélvete con cuidado,
y ántes de arrojarlas mira
si alguno te está mirando.
En fin la buena cristiana
ejecutando el mandato,
tomó las nueve criaturas
envueltas en unos paños,
y como muger piadosa,
con corazon mas humano,
en vez de echarlas al rio,
todas nueve ha consagrado
à las aguas del bautismo,
solicita procurando
en un barrio ú arrabal,
que lo habitaban cristianos;

nueve amas que criasen
con secreto y gran cuidado
à todas las nueve Niñas,
y por la misma quedaron
encargadas del secreto.
Con la labor de sus manos,
y tambien con las limosnas
qua ofrecian los cristianos,
esta officiosa muger
ocurrió à todos los gastos
de las amas, y crianza
y alimentos necesarios.
Esta piadosa cristiana
estuvo asistiendo al parto
à la virreyna, y despues
al cabo de algunos años
murió mártir valerosa,
la fe santa predicando,
y hoy se llama Santa Sila,
como lo está publicando
nuestra Santa Madre Iglesia,
que la tiene entre sus santos.
A este tiempo San Ovidio
se hallaba siendo prelado
de la catedral de Braga,
tuvo noticia del caso,
y tomólo por su cuenta,
como varon justo y santo,
corriendo con la crianza
y lo demás necesario,
que el que fuere buen Pastor,
debe cuidar del rebaño.
Desde entónces estas Niñas
por San Ovidio quedaron
doctrinadas è instruidas
con vigilancia y cuidado,
y con esta providencia
todas nueve se criaron
sin desgracia, y en virtudes
se fueron adelantando

de manera, que la fama
de las Niñas voló tanto,
que no pudo estar oculto
à su madre aqueste caso,
pues no ignoraba eran vivas;
mas sentia en sumo grado
le diesen cualquier noticia,
con zozobra recelando
agravios en su desdoro,
y así se estaba callando,
porque el temor le tenia
echado un fuerte candado
à sus labios, y la lengua
del todo se le ha trabado.
Gustosas las nueve infantas
vivian dentro el rebaño
de la Iglesia, dando siempre
à su Esposo soberano
infinitas alabanzas
por beneficios tan altos.
En señal de agradecidas,
luego al punto que llegaron
al uso de la razon,
todas nueve consagraron
su pureza virginal
à su Esposo muy amado.
Llegó à este tiempo la quarta
persecucion de cristianos,
porque vinieron ministros
del gran César Adriano,
con órdenes (qué rigor!)
para extinguir los cristianos
que hubiese en aquellos reynos,
sin dejar ninguno salvo;
y à todo el que no ofreciese
à sus ídolos nefandos
incienso, que les quitasen
con rigor muy inhumano
las vidas y las haciendas.
Al instante presentaron

los ministros al virrey
Lucio Caelio el despacho,
y viendo su contenido,
de dar ha determinado
el debido cumplimiento,
concerniente à lo mandado,
y con esto los infieles
como lobos se cebaron
en los cristianos de suerte,
que no acierto à ponderarlo,
siendo sus hijas (ay cielos!)
las primeras que acusaron.
Cuando fueron à prenderlas,
en oracion las hallaron,
y en dulcìsimos coloquios
con su Esposo soberano.
Pusiéronselas delante
al virrey, que descuidado
estaba de que tenia
nueve hijas, caso raro!
Preguntólas que quién eran?
mas ninguna se ha turbado,
porque todas respondieron
con valor no imaginado;
esposas de Jesucristo
por su gracia nos hallamos,
y por la naturaleza
somos tus hijas, es claro.
Con la respuesta que dieron,
el Virrey quedó turbado:
llamó à su Esposa al instante,
y viniendo à su mandado,
toda llena de vergüenza,
la verdad ha confesado,
que es muy cierto ser sus hijas,
pero que no la han dejado
el perdón y vergüenza

hasta entónces declararlos
y haciendo extremo de madre,
les daba tiernos abrazos,
y el Virrey con tal suceso,
entre gozoso y turbado
por tan grande novedad,
mandó suspender el acto
de la sentencia, y tambien
que se queden en palacio,
y les den el tratamiento
de sus hijas, confiado
de apartarlas (qué dolor!)
de la ley que han abrazado.
Quisiéronlas pervertir,
haciéndoles muchos cargos,
del esplendor de su sangre,
y el borron de los cristianos,
todos pobres y mendigos,
y que eran todos villanos.
Genivera, la mayor,
sola respondió à este caso:
que su ley ilustrar quieren
con padecer, derramando
su sangre en el cruel martirio,
un Dios solo confesando,
que redimió con su sangre
à todo el género humano!
y todas con gran valor
esto mismo confesaron.
Adonde las dejaremos
con sus padres en palacio,
mientras la segunda parte
da fin à este raro caso,
refiriendo à mi auditorio
lo que en esta me ha faltado.
Y Pedro Ramirez pide,
que le perdonen si ha errado.



SEGUNDA PARTE.

En la cual se refiere el modo tan raro con que fueron martirizadas todas las Santas Vírgenes, hermanas de la invencible Española Santa Librada: en que verá el curioso el admirable ánimo y fortaleza de esta Niña tan tierna, que viéndose en manos de sus enemigos, no temió à la muerte, antes si se ofreció gustosísima à morir por Jesucristo.

Ya dije en la primer parte, como vino del Imperio una orden por escrito del Emperador soberbio de acabar con los cristianos que hubiese en aquellos reynos, y como la presentaron al Virrey Lucio Caelio, y que quedaron las hijas dentro en su palacio mesmo, procurando cada dia con amenazas y ruegos el que sus hijas dejasen à nuestro Dios verdadero, y que abrazasen los ritos de sus ídolos perversos; y como à aquestas razones todas nueve respondieron con invencible valor, que perderian primero diez mil vidas que ruvieran,

por no cometer tal yerro, y primero verterían el rojo humor de sus cuerpos, antes que dejar à Cristo, que es su Esposo verdadero: que à este quieren, à este aman, y siempre será su dueño, sin que ninguna mudanza tenga entrada en algun tiempo en su pecho, y que tenían que guardarle este precepto de conservar la pureza à su Esposo verdadero, pues votaron castidad. El padre con el deseo de atraerlas à sus dioses, les alabó los intentos de guardar virginidad, que les formaría un templo, en donde fuese su gusto, dedicándosele à Vénus,

en donde con los vestidos,
y ropages, y el esmero
que tales Sacerdotisas
acostumbran en sus templos;
observando castos ritos,
cuidarian de su obsequio.
A todas estas propuestas
respondió con gran despejo
nuestra cándida Librada,
estas palabras diciendo:
el Señor que nos libró
de las aguas del soberbio
rio Ulia, que fue adonde
con injuria de los cielos
nos condenó nuestra madre,
es solo en el que creemos,
es solo à quien adoramos,
y por su fe moriremos,
que es un Dios y tres Personas,
criador de tierra y cielo,
por el cual, si es necesario,
nuestras vidas perderemos,
y al cuchillo las gargantas
tambien prontas expondremos;
y à lo que dijo Librada,
todas dijeron lo mismo.
Con esto se puso el padre
muy irritado y soberbio
contra su hija Librada,
de rabia y corage lleno,
las amenaza de muerte
con afrenta y vituperio,
si su piedad despreciaban,
y no estimaban sus ruegos;
mas de aquestas amenazas
todas hicieron desprecio.
Pero el padre mas furioso,
mas vengativo y mas fiero,
juramento hace à los dioses

el gran Júpiter y Vénus,
de ensangrentarse en sus hijas
como un lobo carnicero;
púsolas luego en prision
dentro su palacio mismo,
jurando que ha de vengarse
en su sangre lo primero.
Estando en prisiones puestas,
muy conformes dispusieron
el padecer el martirio
con regocijo y contento,
por hallarse con su Eposo
coronadas en el cielo,
mas no à manos de su padre,
por excusarle este yerro
à su mucha ceguedad,
procurando el padecerlo
à manos de otros tiranos,
escapando con secreto.
Despidiéronse con llanto,
con ternura y sentimiento,
las nueve Esposas de Cristo,
y todas se dividieron,
para no ser conocidas,
por varias partes del reyno,
logrando con el martirio
todo el fin de sus deseos.
Y porque sepais adonde
estas Santas padecieron
cada una su martirio,
aquí lo iré refiriendo.
Santa Genivera en Tuy,
cerca de su pueblo mismo.
Santa Eumelia (la segunda
en orden al nacimiento)
padeció en otra ciudad
de aqueste Obispado mismo,
que es Abróbiga, y fue entónces
muy principal en el reyno.

Y Santa Gema ó Marina
tambien en el reyno mismo,
en la ciudad de Anfilequia,
que se llama en estos tiempos
la ciudad de Orense, en donde
el divino Sacramento
de la Santa Eucaristia
está siempre manifiesto.
Santa Quiteria es la cuarta
de número tan excelso,
y padeció su martirio
cerca de la gran Toledo,
en Margeliza, un lugar
muy antiguo, aunque pequeño.
Santa Marcina es la quinta
que viene ahora siguiendo,
la cual tuvo su martirio
en la ciudad de Toledo.
Santa Victoria es la sexta
que se sigue en este empeño,
la cual padeció el martirio
en otro famoso pueblo
de la noble Andalucía,
que es muy rico y opulento,
y fue en Córdoba, cabeza
de uno de los cuatro reynos.
Santa Germana en Carragó
lo padeció entre Agarenos
del Africa, allí murió
entre moros Sarracenos.
Santa Basilisa en Siria,
que es otro distante reyno.
Nuestra cándida Librada,
que otro nombre le pusieron
de Uvilgesfortis, que quiere
decir claro y verdadero
Virgen fuerte, y que lo fue,
bien claro lo ireis sabiendo.
Retiróse aquesta Niña

en aquellos años tiernos
con otros muchos cristianos
dentro un bosque muy espeso,
pues por la persecucion
todos andaban huyendo:
manteniéndose con yervas
estuvieron algun tiempo;
y con ánimo y valor
los doctrinaba, diciendos
no temais, hermanos míos,
à todos cuantos tormentos
ejecuten los tiranos,
que no desmayeis os ruego,
que el padecer es un soplo,
y el gazo ha de ser eterno.
De esta suerte nuestra Santa
los estaba persuadiendo,
y animando à padecer
con su doctrina y exemplo,
queriendo dejar al mundo
testimonio verdadero,
de que no está vinculada
la constancia y ardimiento
à lo mas robusto y fuerte,
cuando se vió en lo mas tierno
el valor mas invencible
que cristianos jamás vieron.
En fin à todos los cogen
dentro de muy breve tiempo,
y à la ciudad de Anfilequia
los llevaron prisioneros,
en donde el tirano Juez
los estuvo persuadiendo,
para que sacrificasen,
à sus dioses dando incienso,
y con ruegos y amenazas
à nuestra Santa oprimieron,
y mirándola tan niña,
discreta y hermosa à un tiempo,

y tan fuerte y tan constante,
la sentencia aquí le dieron.
Los pasan à Castraleuca,
que es del Lusitano reyno,
à la Santa y los cristianos,
que estuvieron en el yermo.
De esta suerte à nuestra Santa
de aquí para allí trageron,
de un tirano à otro tirano,
de un soberbio à otro soberbio.
Estando ya en Castraleuca
todos juntos, dispusieron
castigar ante sus ojos
con castigos muy diversos
à muchos de los cristianos,
para ver si con el miedo
la podian reducir,
que eran todos sus deseos.
No le hizo impresion alguna
este espectáculo fiero
à nuestra Santa invencible;
àntes con mayor esfuerzo
animaba à los cristianos
con gran fervor y ardimiento,
diciéndoles: no temais
à todo quanto estais viendo,
que estos tormentos que veis
han de durar poco tiempo,
y si hoy fueren dolores,
mañana serán contentos.
Viendo el impío tirano,
que con blanduras ni ruegos

no pudo, como pensaba,
lograr sus malos intentos,
contra la Santa indignado,
de rabia y corage lleno,
mandó cumplir la sentencia,
que en Anfiloquia le dieron,
de morir en una cruz,
y en breve lo dispusieron.
Entónces la hermosa Niña,
viendo el sagrado madero,
lo saludó, y por sus pies
sus gradas iba subiendo,
hasta abrazarse con él,
estendió sus brazos luego,
claváronlos, y quedó
su cuerpo resplandeciendo
mas que el sol y las estrellas,
y el alma se subió al cielo.
Viva la gran fe de Dios,
y viva nuestro remedio,
que es la Virgen soberana!
viva el hermoso lucero
de nuestra Santa que está
coronada allá en el cielo;
y muera todo el que fuese
contra el sagrado Evangelio.
Y ahora Pedro Ramirez
al auditorio discreto
le encarga sea devoto
de la Santa, y muy atento
pide que se le conceda
perdon de sus muchos yerros.

F I N.

*En Valencia: en la Imprenta de la Hija de Agustin Laborda,
en la Bolseria, donde se hallarán otros diferentes.*

Año de 1822.